

Un relato femenino de frontera: de la antibiografía a la subjetivación transfeminina

A feminine narrative in the border: From antibiography to transfeminine subjectivation

MARLENE SOLÍS PÉREZ

Doctora en Ciencias Sociales. Profesora-investigadora titular del Departamento de Estudios Sociales de El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México.

GUILLERMO ALONSO MENESES

Doctor en Antropología Social. Profesor-investigador titular del Departamento de Estudios Culturales de El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México

Recibido: 15/05/2017

Aceptado: 16/06/2017

doi: <https://doi.org/10.20318/femeris.2017.3766>

Resumen. Este artículo trata sobre la negociación identitaria y los procesos de subjetivación y des-subjetivación. A través de la biografía contracultural o de la adversidad (anti) biográfica de Beatriz, se van desvelando las estrategias de intersección, predominancia, fragmentación y fusión que ella emprendió para conciliar sus múltiples pertenencias, darle significado a su vida y enfrentar las tensiones que le generan las relaciones de poder de las que participa por su condición social, como mujer, madre, esposa, obrera y lesbiana, en una experiencia de transfeminidad.

Palabras clave: género, subjetividad femenina, transfeminidad, identidades lésbicas, fronteras simbólicas

Abstract. This article is about the identity negotiation processes of subjectivation and de-subjectification. Through the contracultural biography or the (anti)biographical adversity of Beatriz it is uncovered the different strategies of intersection, dominance, fragmentation and merging that she undertook to reconcile their multiple belongings, give meaning to her life and deal with the stresses and contradictions that are generated by her social condition, as a woman, mother, wife, worker and lesbian, in a transfemininity experience.

Keywords: gender, female subjectivity, transfeminine, lesbian identity, symbolic boundaries.

*msolis@colef.mx - gui@colef.mx

Introducción

El leitmotiv de este artículo es deudor de una investigación previa que indagaba en la naturaleza de los cambios operados en distintos ámbitos de la cotidianidad y de las experiencias de vida, –afrentado unas veces con curiosidad placentera, otras con sufrimiento– por un grupo de mujeres, en su proceso de incorporación a los mercados de trabajo de las “maquiladoras” [industrias de ensamblaje] en Tijuana, México, durante las últimas décadas. La información obtenida fue parte de las respuestas a un conjunto de preguntas específicas referidas a los nuevos roles, prácticas y significados que las mujeres le estaban confiriendo a la maternidad, la pareja y el trabajo.

En principio, se trataba de pensar el modo en que se operan los cambios en la identidad femenina contemporánea como imagen existencial proyectada en relatos, que *per se* catalizan los rasgos significativos de estos cambios a través de unas experiencias de feminidad diferentes y cambiantes. Es decir, sabido es que la mujer –especialmente en sociedades occidentalizadas– a lo largo de su vida, de su biografía, conocen distintas formas de ser mujer. No se trata de una sucesión de roles asignados o asumidos, sino de ideas y acciones de ser mujer. El concepto de “agencia”, sin duda, forma parte de la explicación (Giddens, 1991), porque las entrevistadas al relatar diferentes pasajes/etapas de su compleja trayectoria vital, hicieron aflorar un movimiento caracterizado por la travesía por distintas dimensiones que denominamos de “transfeminidad”.

El artículo se divide en cuatro partes, en la primera planteamos el contexto y el enfoque metodológico; en la segunda se presenta la discusión teórica del problema de la configuración de identidades complejas y el proceso de subjetivación; en la tercera, se hace una descripción de la biografía de Beatriz, identificando distintos momentos de ruptura y representaciones acerca de su vida como hija, madre, esposa y trabajadora; y en el cuarto apartado se plantean las conclusiones.

Algunos elementos contextuales y aspectos metodológicos

Aunque reconocemos que toda persona cambia a lo largo de su vida o puede jugar distintos roles sociales, y algunos de ellos están marcados por instituciones como la familia, la escuela, el trabajo o la residencia de ancianos, e incluso ritualizados como el bautizo o el matrimonio, nuestro objetivo es indagar en una dimensión cualitativa de la existencia y experiencia humana. La cual está saturada por la sociedad capitalista y neoliberal actual que somete a diferentes presiones a personas e instituciones. Frente a la inestabilidad de los roles sociales, formas familiares o de los mercados laborales, hoy día se crean y recrean distintas feminidades: formas de ser, sentirse y comportarse como mujer. Muchas veces fruto de intuiciones, ensayo, imitación, reflexiones, etc.

De las distintas mujeres entrevistadas durante el proceso de investigación original “apareció” una mujer –un caso lo llamarían los objetivistas, una informante clave en el argot etnográfico– con una experiencia vital relatada que nos parece particularmente

relevante: "El estudio de un caso particular informa mejor que unas respuestas generales y abstractas" (De Beauvoir, 2006, p.23). El análisis de sus experiencias nos generó nuevas preguntas sobre la complejidad de las identidades y su relación con la subjetividad. Especialmente sobre la pertinencia del repertorio de fórmulas teórico-conceptuales disponible en la actualidad para ayudar a contextualizar y explicar lo experimentado por ella.

Es decir, la experiencia de vida de esta mujer muestra fallas en la sociedad que la rodea, pero también reclama que las ciencias sociales registren y expliquen lo ya denunciado: los sistemas de dominación y las presiones estructurales y simbólicas de distinta naturaleza que actúan sistemáticamente sobre la autonomía de las mujeres en amplios sectores de la sociedad, en este caso mexicana. El contexto actual de la sociedad contemporánea occidental de crisis de la modernidad, mutación de valores, inestabilidad de las instituciones sociales y estatales y su evanescente lógica simbólica orientadora de las actitudes y comportamientos, lo que Bauman (2004) denomina cultura líquida, promueve constantemente la negociación de nuestras creencias, valores y pertenencias.

La heterogénea sociedad mexicana actual tiene en las grandes ciudades sectores que pueden reconocerse en las experiencias descritas por Bauman (2004), pero también hay amplios sectores de la sociedad en cuyas visiones del mundo pesan y operan referentes tanto del México profundo como del México imaginario (Bonfil, 1987) y atavismos del complejo patriarcal-machista. Así como valores referenciales problemáticos y de nuevo cuño como el rechazo al matrimonio gay, indisociable de la experiencia de la pobreza urbano-material, educativa-cultural y político-económica (Maier y Alonso, 2011).

De hecho, en ciudades como Tijuana, con un fuerte componente social de inmigrantes internos y con un intenso intercambio cotidiano con la California estadounidense, encontramos la coexistencia de factores de perturbación propios de la modernidad líquida baumaniana interfiriendo con otros de carácter rural-patriarcal o tradicionalistas. A grandes rasgos, Tijuana al igual que Ciudad Juárez, se caracteriza por ser una urbe joven con una sociedad con un componente migratorio importante, que además de tener las mismas fallas de la sociedad y el estado mexicanos de las últimas tres décadas (1982-2016), no es menos cierto que también es campo de batalla y laboratorio del capitalismo occidental socioeconómicamente depredador. El resultado es una ciudad-sociedad con graves déficit en infraestructuras e instituciones modernas que cuando dejan huella en la vida de las gentes que la habitan, reflejan una tragedia que amputa los derechos más elementales de cientos de miles de personas (Solís, 2009; Herzog, 2009; Sassen, 2009).

Por otro lado, dicho a modo de explicitación metodológica, entendemos que es pertinente enfocarnos en analizar el relato de la experiencia individual antes de abordar la configuración de las identidades sociales, que pocas veces le dan centralidad a la subjetividad del testimonio personal. Esto implica sumergirnos en la subjetividad y dar cuenta de las formas en que la persona administra, en un juego estratégico, sus pertenencias (Dubet, 1989). Pero también en escuchar, transcribir, seleccionar y sintetizar el relato de experiencias como punto de partida empírico para el debate identitario en general y de género, en particular. Partimos de la propuesta teórica-metodológica que sostiene que los relatos de vida pueden

considerarse como textos narrativos a través de los cuales podemos interpretar el sentido que los sujetos dan al curso de sus vidas (Wodak y Meyer, 2003; Van Dijk, 2003).

Asimismo, a la luz del concepto y experiencia de clase social, entendemos que hay paralelismos formales y de circunstancias –salvando las distancias– entre Beatriz y Eliza Kendall, tal como la mostró Terradas (1992) al reconstruir su “antibiografía”. Una original reflexión que aborda la tragedia humana en medio de la Revolución Industrial en Londres, con la pobreza que ata y esclaviza hasta matarnos.

La “antibiografía” de Eliza Kendall 1825-1844 reproduce algunos aspectos significativos de las condiciones ignominiosas a las que estaban sometidos los trabajadores y trabajadoras que, durante el período del gran desarrollo marginal del capitalismo, intentaban salir adelante desesperadamente (Terradas, 1992). Aquel Londres y esta Tijuana han tenido en la inversión capitalista y las distintas formas de explotación un abstracto denominador común. Sólo que Beatriz no sucumbió frente a otro eje de dominación, ya no de clase sino de género, a pesar de haber practicado en un plano simbólico el suicidio –como negación de sí misma– e intentado materializarlo en más de una ocasión.

Y es que Eliza Kendall pasó de ser una mujer anónima citada por Engels en “La condición de la clase obrera en Inglaterra”, a ser la protagonista de la antibiografía de Terradas. En su día, lo que había motivado que Eliza Kendall fuera noticia pública fue el suicidio de una mujer trabajadora. Esto es lo que explica la imposibilidad de contar con su testimonio personal y la necesidad de crear su antibiografía. Porque la cuestión epistémica que subyace implica una elaboración que desborda su definición conceptual. Tal como plantea el autor:

¿Cómo narrar biográficamente los vacíos sociales, las destrucciones que impiden la memoria de lo que uno ha podido hacer? [...] Para entendernos conceptualmente denominaré «antibiografía» a esa parte de vacío o negación biográfica, pero susceptible de revelarnos aspectos importantes del trato que una civilización tiene con personas concretas [...] La antibiografía no escribe la vida de una persona, pero nos habla de ella (Terradas, 1992, p.13).

Lo que aportamos en este artículo –por cuestiones de espacio– son fragmentos de una (potencial) antibiografía, que gira en torno al testimonio biográfico de la propia Beatriz, a diferencia de la de Eliza Kendall, como parte de una estrategia discursiva que aporta información complementaria.

Es por eso que proponemos en este artículo pensar los procesos de subjetivación a partir del relato de una experiencia, a la que consideramos representativa de la tortuosa configuración de una identidad en un contexto de adversidad, que a su vez propició respuestas complejas, contradictorias e incommensurables. Si le hemos dado centralidad analítica a la experiencia vital de Beatriz¹, fue porque su testimonio permite revisar la administración estratégica de sus pertenencias, de los factores fundantes de su subjetividad-intimidad, en el plano de su experiencia singular a través de diferentes escenarios de experimentación de su feminidad.

¹ Nombre ficticio de una mujer entrevistada durante el verano del 2007, en Tijuana, B.C.

La ejemplaridad de su caso radica en el relato biográfico “contracultural-contrahegemónico” (en el sentido que relata su lucha contra los valores de la moral hegemónica) y por la información flotante que demanda una *antibiografía*. Pues por décadas Beatriz afrontó varios momentos de crisis, ruptura y negación de sí misma, dando lugar a procesos más o menos conflictivos de renegociación de su identidad (feminidad) personal. Procesos que ilustran la importancia de la acción reflexiva y la individualización en la sociedad contemporánea, al tiempo que acercan al lector a una persona real que hizo cosas reales y cuyas decisiones tuvieron consecuencias que fueron vividas con todo su rigor.

Así mismo, se trata de un relato femenino de frontera, en un doble sentido. No solamente por el contexto en el que se desenvuelve, Tijuana-San Diego [México-USA], sino también por lo señalado por Camus en *El hombre rebelde*:

“Un[/una] esclavo[/a], que ha recibido órdenes durante toda su vida, juzga de pronto inaceptable una nueva orden. ¿Cuál es el contenido de ese “no”? Significa, por ejemplo, “las cosas han durado demasiado”, “hasta ahora, sí; en adelante, no”, “vas demasiado lejos”, y también “hay un límite que no pasaréis”. En suma, ese “no” afirma la existencia de una frontera...” (Camus, 1953, p.17).

Beatriz es una mujer que habita en la frontera México/USA, transgrede fronteras morales y –como en Camus– un día dijo no y afirmó una frontera que preserva su dignidad como mujer. Nuestra interpretación de la experiencia narrada enfatizó los momentos discursivos en que se elaboraban los rasgos distintivos de la identidad de género. Nos detuvimos en las encrucijadas y fronteras que marcaron la biografía de Beatriz como mujer que lucha en la adversidad, considerando los distintos momentos de cambio en su curso de vida y analizando la toma de decisiones que le dieron una forma determinada a su identidad femenina, conjuntamente con el contexto (micro) social de discriminación y desigualdad de género en el que se tomaron las decisiones.

Asimismo, se presenta una interpretación del significado que adquieren aquellos ámbitos de vida estratégicos (el trabajo, los hijos, la pareja) y de cómo Beatriz construyó a lo largo de su vida los recursos que le han permitido desplegar en forma reflexiva un proceso de reconstrucción identitaria y de subjetivación. Todo un proceso de reconstrucción de su feminidad por medio del cruce-y-establecimiento de fronteras personales; ese proceso lo entendemos como una trayectoria de transfeminidad. En su biografía de décadas se acumularon distintos estratos de feminidad: de voluntad de experimentarse como una mujer específica en unas circunstancias concretas.

Identidades sociales complejas y subjetividad

El enfoque teórico desde el que abordamos la interpretación del contenido del relato biográfico de Beatriz, parte de los marcos conceptuales desarrollados por varias disciplinas para el estudio de los procesos de identificación y la construcción del género.

Partimos de la existencia de una ruptura identitaria que se entiende mejor a partir de la noción dubariana de la identidad. Para Dubar (2001), la identidad se encuentra integrada por una dimensión sincrónica y otra diacrónica, las cuales expresan el juego entre la identidad para uno mismo (construida en el tiempo) y la identidad para los otros (construida en la interacción y que depende del reconocimiento). La dimensión diacrónica de la identidad equivaldría al concepto de autoidentidad lésbica de Alfarache (2003). Cuando experimentamos un desajuste entre lo que queremos ser y el reconocimiento de los otros, entonces se viven momentos de ruptura, que conllevan un trabajo sobre sí y la negociación de nuestras creencias, valores y formas de ser.

Para Tajfel (1981) regularmente desplegamos nuestra identidad o mostramos un aspecto de ella, dependiendo de la arena de interacción a la que nos enfrentemos. La identidad personal se tornaría así más o menos compleja según la variedad de los contextos de interacción a los que nos enfrentemos en la cotidianidad y su acumulación a lo largo de la vida. Esto es coherente con lo señalado por Roccas y Brewer (2002), cuando proponen que se configuran identidades complejas tanto por las múltiples pertenencias de la persona, como por el grado y tipo de intersección de estas pertenencias. Así, cuando divergen las identidades de grupo, los individuos emprenden distintas estrategias para reconciliar la posible competencia de estas pertenencias en su autodefinición.

La perspectiva de las identidades complejas viene a ampliar la discusión sobre la centralidad en las identidades personales. De acuerdo a Miguélez (1998), la vida cotidiana se estructura según el género, estableciendo como prioritario o central uno de los ámbitos de vida, en el caso de los hombres el de la producción, mientras que para las mujeres habría sido el de la reproducción. Aunque con su incorporación a los mercados de trabajo remunerados, se gesta una transición femenina hacia la pluricentralidad.

Estas estrategias, según Roccas y Brewer (2002), van de la intersección, a la dominancia, fragmentación y la fusión, implicando cada una de ellas distintos grados de complejidad, siendo la más simple la intersección y la más compleja la fusión. Un ejemplo de esta última podrían ser las identidades laborales flexibles que encontraron (Reygadas, 2002; Solís, 2009) entre las trabajadoras de la maquila. La elección de la estrategia depende de múltiples factores, algunos relacionados con la personalidad y otros con los contextos en los que se desenvuelve la persona. También estas autoras señalan el carácter contingente de dichas estrategias, ya que pueden variar en el tiempo y en el espacio, según las situaciones a las que se enfrenten los individuos y los aspectos relacionados al estado mental y emocional de la persona.

Sin embargo, Roccas y Brewer (2002) dejan de lado las relaciones de poder de las que participan las personas en las distintas arenas de interacción social. Por ello nos parece útil recurrir a la teoría de la interseccionalidad, desde la cual se plantea la importancia de considerar las maneras en que los sistemas de diferenciación social actúan y enfrentan a las personas a distintos condicionamientos sociales y mecanismos de discriminación que desencadenan, a su vez, formas de enfrentar estas relaciones de poder según los recursos y la posición que cada uno ocupe en determinado juego de fuerzas o campo social.

La teoría de la interseccionalidad surge ante la necesidad de cuestionar a las teóricas feministas blancas que dejaban de lado la doble discriminación que padecían las mujeres negras en Estados Unidos (Crenshaw, 1989) o las de origen mexicano. El planteamiento es que los sistemas de diferenciación social y las estructuras de poder asociadas a éstas, se conjugan para dar lugar a posiciones diversas asignadas por los otros y por uno mismo, de acuerdo a categorías como la clase social, el género, la identidad étnica o la identidad cultural y la práctica sexual, entre las más relevantes. De manera concomitante, la maternidad, la pareja y el trabajo han sido reivindicadas y definidas como ejes de la identidad femenina (Cervantes, 1994). Cada una de ellas tiene su propia especificidad, ya que se trata de despliegues de la identidad personal que involucran distintos espacios de interacción y relaciones de poder.

Estos planos categoriales encuentran su correspondencia empírica a través del discurso (verbal y no verbal). En los relatos de vida es posible rastrear, distinguir e interpretar la manera en que el individuo se posiciona y resuelve los conflictos frente a los dispositivos materiales y simbólicos que se despliegan en la vida cotidiana por las instituciones y los actores –como prácticas y discursos–, para mantener el orden social existente. Por lo general en espacios donde se da una intersección de distintos sistemas de diferenciación y poder. Y esto, para el caso del lesbianismo, lo mismo se encuentra en la vida cotidiana (Alfarache, 2003, Moral de la Rubia, 2011), en el arte (Norandi, 2010) o en otras latitudes (Lagunas, 2011).

Es en base a este marco conceptual que nos interesa interpretar la experiencia social de Beatriz, considerando que en el proceso de construirse a sí misma, se generaron recursos y se tomó conciencia de los condicionamientos sociales interiorizados para transformarlos y actuar al margen –relativamente– de los marcos normativos hegemónicos y opresores: se trata de un proceso de subjetivación según la definición de Wieviorka (2012), o de empoderamiento según la teoría feminista sobre el papel de la conciencia y los recursos identitarios necesarios para la emancipación de la subordinación construida social y culturalmente (Lagarde, 2006).

Según Wieviorka (2012) los procesos de subjetivación o des-subjetivación son aquellos que dan lugar a la construcción y transformación de la conciencia de los actores mediante la cual toman sus decisiones; un planteamiento que conecta con el concepto de agencia. El autor distingue entre un aspecto positivo de estos procesos y uno negativo, el primero tiene un potencial creativo (subjetivación), mientras que el segundo un potencial destructivo (des-subjetivación). En el relato que de su vida hace Beatriz se observa cómo ambos procesos han estado presentes en su biografía.

Por su parte, Lagarde (2006) plantea que las mujeres por su condición social están cautivas en el mundo patriarcal y este cautiverio es la expresión político-cultural de la falta de autonomía vital de las mujeres. Donde toda parcela ganada por la transformación de género implica un desfase entre el deber ser y la existencia, entre la norma y la vida realmente vivida. De tal manera que se gestan procesos complejos, dolorosos y conflictivos, más aún cuando se enfrentan discursos dominantes de femineidad desde marcos tradicionales patriarcales, tal como en el caso que nos ocupa.

Esta realidad de constricciones estructurales/socio-culturales, de estrategias de flexibilidad y adaptación, de situaciones de interseccionalidad, de procesos de subjetivación

y emancipación que enfrentan las mujeres, lo hemos intentado sintetizar con el concepto de transfeminidad. Entendido como el proceso por el cual, a lo largo de su vida, en su tránsito por distintas estructuras, instituciones o arenas, una mujer experimenta múltiples y diferentes formas de feminidad [de ser, experimentarse y sentirse mujer]. Esta lectura diacrónica, además, nos permite ilustrar hasta dónde un cambio en la práctica sexual genera una reconstrucción de la feminidad, y cuestiona el sistema de dominación de género; sin negar la persistencia de contradicciones.

Por supuesto, este proceso de negociación conlleva diferentes estilos de vida, diferentes proyecciones identitarias, distintas etapas biográficas y existenciales en los que se vive y expresa la feminidad. Así, por ejemplo, en los estudios sobre los cambios en las relaciones de género por la migración, Flores (2012) plantea el concepto de dinámica identitaria de género para mostrar el proceso de reconstrucción del género por el que las personas atraviesan a lo largo de su experiencia migratoria, buscando también dar cuenta de la flexibilidad con la que hoy en día nos podemos definir como hombres y mujeres.

Llegados aquí, nos interesa dialogar con los replanteamientos recientes acerca del feminismo y que han dado lugar a la apuesta política del transfeminismo, para aportar un matiz a la discusión acerca de los sujetos históricos del feminismo. Si bien partimos del valor analítico del concepto de transfeminidad, acotado por el relato que se sostiene desde el ser mujer de Beatriz, pensamos que implícitamente corresponde a un posicionamiento que es necesario aclarar. Para ello, nos remitimos a los planteamientos de Butler (2007) que han dado lugar al cuestionamiento acerca de las mujeres como sujetos históricos del feminismo y a la identidad de género como parte del proceso de constitución del movimiento social que representa el feminismo.

De manera sucinta recuperamos los principales elementos que fundamentan la crítica que elabora la autora sobre la categoría mujer y por ende sobre lo femenino como referente identitario de los feminismos. El punto de partida es que las prácticas sexuales disidentes o fuera de la heteronormatividad ponen en duda qué es ser mujer, partiendo de la idea de que las prácticas heterosexuales consolidan al género en su versión binaria: hombre-mujer. Por lo que la categoría mujer se presenta como excluyente, al dejar fuera a quienes subvierten las prácticas heterosexuales.

Otro elemento que desestabiliza la categoría de mujer, según Butler, es el carácter universal que se le atribuye desde el feminismo a las formas de dominación masculinas, cuando desde distintos lugares se ha enfatizado la heterogeneidad, la especificidad y la importancia de lo situado y relacional del género. También argumenta sobre la definición de la mujer desde un preconcepto masculino, por lo que el género debe entenderse como performativo. Esto es, lo enunciado como mujer conforma lo femenino. Dicho, lo hace ser femenino de manera anticipada, de modo que el género precede al sexo, poniendo en duda la distinción sexo/género y la determinación de lo natural sobre lo cultural: si el patriarcado se ha encargado de definir qué es ser mujer, entonces qué es a la naturaleza, se pregunta la autora.

Los planteamientos de Butler (2007) han dado lugar a la propuesta de las identidades queer/cuir, como una manera de trascender el binario mujer/hombre, cuestionando fuertemente la existencia de una identidad de género. De aquí las bases para el manifiesto

del transfeminismo, como una posición política que atraviesa los feminismos, al negar como sujeto histórico a las mujeres, incluso en plural, para poder incluir a un sujeto diverso y en construcción permanente. Como lo precisa Solá (2013), con el transfeminismo se busca "...evidenciar la violencia de toda formación identitaria, tanto del feminismo como de los movimientos de liberación sexual y de género" (Solá, 2013, p.19).

En esta línea de pensamiento, De Beauvoir (1998) afirmaba que la mujer no nace sino se hace, mientras que lo masculino tiene un atributo universal, es la persona. Sin embargo, nosotras consideramos que este punto de vista subestima la participación femenina en la constitución de la sociedad actual, en la legitimación y reproducción de un orden con la hegemonía de un tipo de masculinidad, sin reconocer también la diversidad de esta última.

Sostenemos que si bien el concepto de transfeminidad hace un movimiento inverso al transfeminismo, al recuperar lo femenino y "las" feminidades como referentes identitarios, coincidimos con la propuesta de acentuar la naturaleza contingente de la identidad de género al utilizar el prefijo trans. Esto refuerza la idea de que se trata de procesos de identificación y, por tanto, entiende el devenir mujer como un tránsito constante². Por otro lado, así como se han recuperado adjetivos que estigmatizan prácticas disidentes como marica, bollo, puta, para dotarlos de un contenido distinto, que confronta y desbarata el estigma con el orgullo (Solá, 2013), en este mismo sentido recuperamos la feminidad como atributo digno de reivindicar. En lugar de negarlo por asociarlo de manera mecánica a la subordinación, a la vulnerabilidad e irracionalidad, incluso por una parte del pensamiento feminista³. Pues, ¿no tendríamos que revalorar lo subordinado, lo vulnerable y lo irracional como atributos de la vida?

Así, a partir del relato biográfico de Beatriz, se dibujan los distintos momentos y formas de reproducción de un *nomoi* –mundo legitimado– orientado a una sistemática negación del yo. Resultado éste de un proceso de distanciamiento de valores y referentes sociales que conlleva tensiones psicológicas e identitarias agudas, hasta el extremo de que su mundo de vida perdió todo sentido positivo, cayendo en la anomia y el deseo de suicidio, en un proceso más común de lo que imaginamos, ya constatado por Berger (1969).

Además es importante recordar la explicación de Berger (1969) sobre la actitud masoquista como parte intrínseca de las relaciones humanas, la cual contribuye a dar significado a experiencias físicas o mentales dolorosas y sirve para ratificar la negación del yo. Porque la sociabilidad humana implica una negación del yo individual que permite la trascendencia y da soporte al *nomos*, es decir, a la realidad dotada de significado.

² Desde nuestro punto de vista, el concepto de identidad mantiene vigencia en la medida que captura los modos en que las personas en la práctica (en un mundo social) construyen su sentido de pertenencia, al tiempo que es una parte de la subjetividad, que tiene un sentido más amplio y que nos permite mostrar distintas formas de enfrentar el poder, lo que implica distintos grados de conciencia de la sujeción social.

³ Asimismo proponemos que la heterosexualidad puede ser vivida de diferente manera, y es una arena de disputa, pues como objeto de deseo masculino las mujeres también ejercen un poder, que puede ser sobre, con, para los otros y desde el interior -tal como lo define Rowlands (2009)-, la liberación en este caso incluye a los hombres y es también una vía de resignificación y resistencia de lo femenino. Aunque en este texto el camino seguido por Beatriz es otro.

La reconstrucción de una autobiografía con intersticios *antibiográficos*

La reconstrucción de la biografía de Beatriz la hemos estructurado en tres dimensiones o ámbitos de vida. El primero se refiere al ámbito del trabajo, en el que analizamos cómo se desenvuelve su actividad productiva y el papel que tiene en la configuración de su identidad de género; la segunda se refiere a la maternidad y la vida en pareja, que corresponde al ámbito de la reproducción, y que sería la dimensión de la feminidad tradicional; la tercera dimensión, es la de la intimidad o la sexualidad, siendo el giro en la vida sexual de Beatriz lo que nos permite reconstruir uno de los ejes que tiene síntomas e intersticios antibiográficos más claros. Pues constituye el motivo de negación de sí misma más radical.

La dimensión del trabajo y la vocación

Beatriz tuvo su primera experiencia de ruptura cuando era adolescente y vivía con sus padres. Desde pequeña sentía vocación por el cuidado de los demás y quería estudiar medicina. Este interés era contrario a los deseos de su padre, quien estaba empeñado en “heredarle” (sic) a sus hijos la plaza ganada como intendente en una modesta universidad. Esta práctica, formalmente irregular, entre trabajadores estables en México fue propiciada por la acción sindical, especialmente en las universidades. En estas instituciones públicas, los sindicatos llegaron a tener un peso importante para la estabilidad laboral –corrupción y tráfico de influencias incluidos–, creando mecanismos que permiten a los trabajadores ceder sus plazas a los parientes, lo cual servía para mantener las cuotas de poder. Sin embargo, frente a la actitud autoritaria de su padre, Beatriz prefirió “renunciar” a su vocación, mutilar su proyecto de vida, antes que vivir según los designios del patriarca:

Un día tuvimos un pleito él y yo, y yo toda la vida me decía quiero estudiar medicina. Yo quiero estudiar para pediatra y quiero estudiar medicina y el señor estaba terco de que yo fuera secretaria bilingüe. ¿Por qué?, porque él trabajaba en el Tecnológico, era de mantenimiento, pero según las normas del Tecnológico, como él ya tenía su base o su planta, tenía derecho a jubilarse, meter a alguien de la familia a su planta y su ilusión era que yo fuera secretaria, para cuando él se jubilara yo entrara como secretaria [...Sin embargo] la mía era ser pediatra. Llega la oportunidad y conocíamos a una amiga de ellos que era –es–, jefa de enfermeras del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) y viendo mis aspiraciones, y que yo estaba en la secundaria, me dice: sabes qué, si quieres estudiar medicina, sabes qué métete primero a la escuela de enfermería te vas a ahorrar tiempo, dos años y terminas y luego te metes a la facultad de medicina. Y me dice: sabes qué, vete y yo te voy a ayudar, te voy a arreglar todo y te voy a mandar a Guadalajara. Pues sí, consiguió que me admitieran en la escuela de enfermería de la Universidad de Guadalajara y yo me iba a quedar en su casa, con la mamá de ella. Todo me arreglaron y el señor [el padre] no me dejó ir y no me dejó ir, y no me dejó ir. Me llevó a la secundaria e íbamos discutiendo lo mismo, cuando me dice: o estudias lo que yo quiero o no estudias nada. Pues sabe qué, no estudio nada y no me lleve a la secundaria porque ya no voy a entrar. Llegó, se

paró en la escuela y yo ya no me bajé del carro; se dio la media vuelta y llega y le dice a mi mamá, allí está tu... ya no va a estudiar. Y ya por su orgullo de él y el mío ya no seguí estudiando [tanto éste como los siguientes testimonios transcritos fueron editados y retocados mínimamente, intentando preservar la fluidez y tono de la entrevista].

Este fragmento de testimonio ilustra un episodio que nos aventuramos a inferir que ha sido una constante en el seno de aquellas familias mexicanas con un componente patriarcal y machista. Un componente que acaba destruyendo a las personas en más de un sentido. Recientemente, Durand (2014) relataba la experiencia de una mujer de Jalisco, el cual sirve para contextualizar el relato anterior de Beatriz y cotejar con experiencias parecidas o equivalentes:

Su padre se encargó de hacerle la vida imposible desde los 12 años, cuando tuvo que salir a trabajar y luego, al llegar a la casa, encargarse de los hermanos y ayudar a su madre. Desde chica aprendió a trabajar en el comercio y esa ha sido su única experiencia laboral, primero como ayudante en otras tiendas y finalmente con su propio negocio. [...] Una de sus hermanas fracasó, como suele decirse en Jalisco, y quedó embarazada. Desde esa fecha quedó recluida y estigmatizada al interior de la casa. Curiosamente, el rey del hogar es el nieto, que resultó ser varón y es la fascinación y la compañía permanente del abuelo. [...] En cambio, todas las mujeres de la casa quedan en tercer plano: la esposa abnegada y reprimida desde tiempos inmemoriales; la hermana, que tiene que cargar con su vergüenza y su pecado, y ella, la rebelde, que se refugia en la tienda y logra escapar temporalmente de la casa (Durand, 2014, s/p).

Es decir, la experiencia de automutilación del proyecto de vida de Beatriz aparece como una constante en amplios sectores de la sociedad mexicana contemporánea. Después del episodio en el que renuncia a sus estudios, ella inició su trayectoria laboral, el recurso para alcanzar un estilo de vida emancipado y que le permitió reforzar su autonomía personal.

Beatriz nació en el 1956, en Tijuana, de padres originarios de Guanajuato. Cuando cumplió quince años [1971] cambiaron su residencia a San Diego, en Estados Unidos, donde tenían familiares y su madre ya portaba papeles legales para entrar a ese país. Sin embargo, Beatriz tuvo que cruzar sin documentos, a principios de los años setenta, cuando todavía era muy fácil hacerlo por diversos puntos de Tijuana. A esa edad se incorpora al mercado de trabajo formal, primero trabajando unos meses como dependienta en una pequeña tienda y después en otro trabajo que una tía le consiguió y que marcaría su actividad laboral posterior.

Aquellas experiencias laborales fueron el inicio de una trayectoria con varias entradas y salidas del mercado de trabajo, asumidos por ella como una estrategia para cumplir con su rol de madre. Las habilidades que adquirió a tan temprana edad, se convirtieron en un recurso que más tarde utilizaría para ingresar a otras empresas en Tijuana, como en la fábrica de ropa en la que trabajaba cuando la entrevistamos.

El trabajo para Beatriz significó independencia. Incluso cuando no tuvo un empleo formal, ella se mantuvo activa haciendo manualidades para venderlas y así obtener un in-

greso económico. Por años trabajó en tres empresas maquiladoras [de ensamblaje] y con los ingresos que obtuvo y el préstamo que le facilitó el gobierno a través del Instituto para el Fomento Nacional para la Vivienda de Trabajadores (Infonavit), logró comprar la casa donde vive actualmente, junto con sus hijos.

Los logros materiales le permitieron reafirmar su autonomía, aunque su actividad productiva la concibe instrumentalmente, ya que es un medio para obtener ingresos pero no le genera un compromiso e involucramiento afectivo. Esto le impide proyectarse profesionalmente y hacer del trabajo un medio expresivo. Consciente de ello, Beatriz hace proyectos de futuro, y sueña con un trabajo por cuenta propia, con un taller de costura.

Esta concepción del trabajo y la necesidad de contar con una actividad creativa o que le permitiera expresar su subjetividad –lo contrario del trabajo estandarizado en una línea de ensamblaje–, la llevó a la fragmentación de sus mundos de vida como estrategia identitaria y vital. Así, actualmente se desempeña como paramédico en los ratos que puede hacerlo:

Yo no renuncié a mi sueño [el mío, era ser pediatra], no porque hace... como cinco años, me metí a la Academia de rescate de Cruz Ámbar, y a la Academia de Rescate Alpino. Por parte de protección civil estudiamos una carrera e hice mi carrera de técnico en urgencias médica a nivel I, a nivel II y me quedé para hacer mi examen de paramédico.

Esta fue la manera de renegociar su vocación primaria, a la que en principio tuvo que renunciar, lo que indica una complejización en sus mundos de vida.

Esta formación a la que accedió le ha permitido ganar en recursos identitarios, lo que Dubar (2001) define como la capacidad personal para darle coherencia y significado a las prácticas cotidianas. El ingreso al trabajo remunerado tuvo otras repercusiones en la vida de Beatriz, en un segundo momento de reinserción laboral, después de varios años de dedicarse al cuidado de sus hijos, que marcó otro punto de inflexión en su curso de vida, tal como mostraremos más adelante.

La gestión de la doble presencia: la pareja y los hijos

Beatriz tuvo dos parejas, aunque la primera relación con un hombre fue solamente para embarazarse. Ella explica que no fue ni siquiera su novio, tuvo relaciones sexuales sin intención alguna de tener una pareja o de casarse. La vida de sus padres había sido un referente negativo para ella, porque continuamente estaban en conflicto y sin estabilidad. Cuando se embarazó, a los dieciocho años, decidió regresar a Tijuana y tener a su hijo en México, contrariamente a lo que deciden muchas mujeres fronterizas que dan a luz en el vecino condado de San Diego y obtienen así la ciudadanía estadounidense para sus criaturas. Sin embargo, Beatriz renunció a esa supuesta ventaja: *“Yo no quería estar con la indecisión. ¿Me quedo aquí [Estados Unidos] por mi hijo si soy mexicana? Mi hijo tiene que ser mexicano. Me vine para acá, y aquí nació.”*

Mientras su madre vivió, la ayudó a cuidar a su hijo y ella pudo entrar a una fábrica para trabajar, pero esta situación duró solo los primeros años de su primer hijo. Su madre falleció y tomó la decisión de dejar su empleo, argumentando que desconfiaba en las guarderías a las que tenía acceso:

Mi señora madre falleció y porque falleció y no tenía donde dejar a mi hijo me salí de trabajar para atenderlo. Yo siempre que miro a una criatura cuando está acostumbrada que la atiende una persona de la familia, no lo puedes dejar en una guardería así. Pienso que por eso se enferman, es más fácil cuando están chiquitos y todavía no tienen conciencia. Mi niño iba a cumplir tres años, él ya resentía cuando lo iba a agarrar una persona extraña.

Como se puede observar, en la gestión de su doble pertenencia como madre y trabajadora, en un momento dado apostó por una maternidad intensiva, de tiempo completo; una estrategia que exige dejar de trabajar. Posteriormente, por años sus decisiones dependieron de las necesidades de cuidado y crianza de sus hijos. Desde la estructuración de las relaciones de género de tipo patriarcal, se entiende que ser madre es parte de la naturaleza femenina. Esta visión ideológica está arraigada en México sobre todo entre sectores de la población conservadores y entre familias con niveles de escolaridad bajos. Paradójicamente, esto no impide que para muchas mujeres mexicanas la maternidad sea importante y lo fundamentan en una cultura en la que ellas se reservan este ámbito de la reproducción como un espacio de poder, al que difícilmente renuncian.

Durante años, Beatriz logró mantenerse ella y su primer hijo con trabajos que hacía por su cuenta, hasta que conoció a su segunda pareja, con quien se casó y empezó a hacer vida en familia. Pero de nuevo estableció una relación poco común con su pareja, alejada del tradicional amor romántico. Más bien fue otra vez la maternidad el centro y el incentivo para decidir sobre su nueva relación. Una voluntaria decisión estratégica que impactaba en su vida:

No me enamoré. Estamos hablando que para entonces yo tenía veintiún años, porque mi mamá falleció cuando yo iba a cumplir diecinueve, entonces cuando lo conocí al él, era un señor de treinta cinco años y tenía dos niños y no sé por qué le caí en gracia a uno de los niños. Iba con la vecina y quería estar conmigo, y un día yo llegué a la casa de la amiga ésta y el niño estaba llorando con mucho sentimiento. Llegué y le dije: güero, ¿qué pasó, qué tienes? –Usted tiene la culpa–. Yo, por qué, si acabo de llegar. Sí, porque (dice su papá) que usted no nos quiere porque parecen changos y están bien feos. Yo cuándo dije eso (y que me jalo al señor pa'fuera): Oiga Don Simón y por qué le dijo al niño esto y esto. –Pues si no me hace caso–. Y usted cuándo me ha dicho algo a mí. Yo he sabido que le dice a todo mundo que quiere andar conmigo, pero a mí no me ha dicho nada. Le digo, es que así no –le digo– el día que usted decida dejar de tomar y de fumar ese día viene hablar conmigo y a ver qué pasa. Mientras, a mí no me interesa nada con usted; pero el problema es con usted no con sus hijos. Y así quedó, a la semana siguiente el señor regresó en su santo juicio y sin cigarros. Y desde entonces dejó de tomar. Pero el día que decidimos juntarnos yo le dije a él: No nos vamos a hacer tontos, usted a mí no me puede querer, porque en realidad nunca ha tenido un contacto que pueda decir que está enamorado de mí, y yo no voy a ser hipócrita porque

yo tampoco estoy enamorada de usted. Le digo si así quiere que intentemos algo pues lo hacemos, si no, pues no. Me dijo que sí y así nos aventamos.

En esos años de juventud, para Beatriz ser madre constituye una vivencia alrededor de la que estructuró sus mundos de vida. Tuvo dos hijos más con Don Simón y estuvieron casados por dieciocho años. Podemos señalar, siguiendo a Lagarde (2006), que este periodo se definió por su cautiverio como madre-esposa, en un intento por integrarse a una vida socialmente aceptada, en la que la heterosexualidad es la norma positiva. Sin embargo, los problemas identitarios de Beatriz no estaban resueltos y la reinserción laboral significó otro momento de ruptura en su curso de vida. Podemos señalar también que en esta época recurrió a otra estrategia identitaria, al otorgarle tal centralidad a la maternidad.

La sexualidad como ruptura

Después de años de vivir para los otros, Beatriz decide otro camino y emprende un retorno para reconocer su deseo sexual por otras mujeres. De nuevo, el trabajo es la experiencia que cataliza esta nueva etapa de su feminidad, al regresar a un empleo remunerado cuando ya tenía cerca de sus cincuenta años de vida, lo que suscitó el siguiente relato:

Yo entré a trabajar en un estado de depresión, porque yo ya no hacía nada, yo vivía en la casa, él me daba lo poquito o lo mucho que él podía y me empecé a deprimir. Mis dos últimos embarazos, me empecé a deprimir, no hice mucho caso. Luego se presentó la oportunidad de empezar a trabajar en la fábrica, en el turno de la noche, le dije a él, y él dijo: no, es que vamos a empezar a tener problemas que no se va a poder, que esto, que lo otro, le insistí y aceptó.

A partir de su incorporación al trabajo remunerado empezaron los problemas con su pareja, pues se reforzó su sentido de independencia:

Me sentí con más fuerzas para decir es que yo no ocupo nada, y él empezó también a resentir, porque de hecho una de las cosas que él resentía es que yo nunca perdí mi independencia, no dependía de él, porque yo seguía haciendo lo que yo sabía hacer, yo vendía cosas y siempre me traía dinero. Y eso no les gusta.

En el momento de la entrevista Beatriz tenía tres años de separada de su marido y había logrado emprender una transformación más profunda de su identidad. Después de dos intentos de quitarse la vida y con ayuda de un tratamiento psicológico, aceptó sus preferencias sexuales. Viviendo lo que Berger (1969) había descrito como:

...«pánico homosexual» (que) puede servir como excelente ejemplo del terror que provoca la negación del programa. Esto no equivale a negar que tal terror sea también alimentado por aprensiones prácticas y escrúpulos de conciencia, pero su motor fundamental es el

temor de ser arrojado a una oscuridad exterior que separa al individuo del orden «normal» de los hombres –mujeres–. En otras palabras, los programas institucionales están dotados de un *status* ontológico, hasta el punto de que negarlos es negar el ser mismo, el ser del orden universal de las cosas, y por consiguiente, el propio ser en este orden (Berger, 1969, p. 39).

Por otro lado, si lo interpretamos a la luz del marco categorial esbozado *ut supra*, podemos observar que pasó de un proceso de des-subjetivación, alimentado por sus propias resistencias, a un proceso de subjetivación, en el que jugaron un papel muy importante los recursos identitarios, desde un trabajo emocional hasta la capacidad para tomar decisiones de manera autónoma, que fue acumulando a lo largo de su vida, y que le permitieron su empoderamiento:

Estuve internada cuatro días, ya cuando salí, mi psicóloga, que hasta la fecha es una excelente amiga, me dice, ¿quieres que te diga qué pasa?, es que ni tú misma aceptas lo que eres, reconoce lo que eres, hurga en ti, revísate tú. Es que no ocupo hurgar, yo sé que soy. –¿Dime qué eres?– Y allí, por primera vez, es que acepté que yo era una persona muy normal, pero con gustos diferentes.

Desde entonces Beatriz se ha enfrentado a un intenso proceso de renegociación identitaria, pues ha sido negada como madre por uno de sus hijos y en el trabajo enfrenta la estigmatización de algunos de sus compañeros de trabajo, como lo muestra en la conversación que según nos relata tuvo con su supervisora en la línea de producción:

La supervisora me dice –es que yo la conocí bien madre, y bien lo otro–. Lo que a mí me molesta es que me diga yo te conocí normal, es que no soy anormal, no me salió un ojo, no me creció otro brazo, no me salió otra pierna... ¿qué es lo anormal?, –es que tú terminaste un matrimonio, es que tú...–. Yo no terminé nada, es que tú no puedes hablar de mi vida. Yo sigo dándole al trabajo y haciendo mi mejor esfuerzo todos los días.

Estos serían mecanismos concretos a través de los cuales las mujeres lesbianas, de acuerdo a Alfarache (2001), son colocadas en una especie de no-lugares culturalmente jerarquizados en los cuales son oprimidas, negadas, invisibilizadas y estigmatizadas. O, visto desde otra perspectiva, tal como lo señaló Alberto Cardín para la homosexualidad en general:

...las sociedades en general, incluida la nuestra, aceptan o rechazan la homosexualidad en la medida en que pueden categorizarla, y en esa misma medida la homosexualidad deja de ser un problema sustantivo para convertirse en un simple caso de los problemas de categorización del imaginario sexual, que distribuye en cada sociedad el campo fungible y verbalizable de los comportamientos simbólicos (Cardín, 1989, p. 49).

Los cambios en la centralidad del ámbito de la reproducción llevaron a Beatriz a plantearse la necesidad de volcarse sobre sí misma, emprendiendo un trabajo interior para negociar su identidad sexual pretendida con la identidad atribuida por otros de mu-

jer heterosexual, madre y esposa. En esta búsqueda del reconocimiento de los otros ha tenido que modificar su concepción acerca de lo que es ser madre y separar este rol de su vida sexual y amorosa, logrando con ello una identidad más compleja e inclusiva, lo que sería según Roccas y Brewer (2002) una estrategia de fusión en la que se acepta la diversidad interior. Beatriz, a nuestro modo de ver, expresa esta necesidad reflexiva así:

La familia para mí es muy importante, pero también pienso que, cómo te diré, que no se se puede volver tu centro, tu eje, porque te fijas tanto en tu eje de la familia que muchas veces tú como persona te olvidas de ti y te enfocas nada más en ellos. Será por lo que he vivido, yo siempre he sido muy abierta con mis hijos y el hecho de aceptarme lo que soy, por ejemplo, tengo dentro de estar destapada o haber salido del closet, dos años y cachito. El destaparme me costó el hecho que mi hijo el mayor no me habla, no me voltea ni a saludar, ni a mirar, y yo lo respeto. Él bien sabe que como madre, no tiene ninguna queja de mí, que si me está juzgando como mujer, no sé por qué, él no tiene ese derecho.

Conclusiones

Las sociedades y ciudades de la frontera norte de México están sometidas a factores sociodemográficos y estructurales que generan constantes cambios en sus gentes, valores y visiones del mundo. Estas circunstancias generan condiciones propicias para la conformación de proyectos de vida que rompen con esquemas tradicionales o conservadores y de identidades personales más complejas por cambiantes. De tal manera que la porosidad de las fronteras entre etnia, género y clase se observa con especial intensidad en estos espacios urbanos, y con ello la plasmación de transformaciones biográficas radicales.

La pérdida de referentes institucionales en los procesos de identificación es una tendencia que si bien ha sido parte de los contextos fronterizos de tiempo atrás en Tijuana, Ciudad Juárez, Matamoros, hoy se vislumbra como un proceso que afecta a la sociedad contemporánea en conjunto. Así, la transición a nuevas identidades de género forma parte de una tendencia de cambio sociocultural impulsada por diversos factores. Con el caso de Beatriz hemos querido ilustrar algunos aspectos de esta trayectoria por un horizonte de transfeminidad y destacar aquellos aspectos ligados a los cambios laborales, los acelerados procesos de urbanización, la condición fronteriza y la migración que han permitido un intercambio más rápido de ideas, valores y actitudes entre mujeres.

Hoy en día, para profundizar en el estudio de las identidades de género es necesario entenderlas como procesos en construcción que son vividos desde distintas posiciones y en los que la renegociación de los roles toma múltiples direcciones a lo largo de años o de toda una vida. Sin embargo, se observa a partir de las experiencias relatadas una flexibilización de lo que es ser mujer u hombre, así como un proceso de subjetivación que implicó un trabajo sobre sí y el ganarse la posibilidad de elegir, más allá de los condicionamientos sociales. El horizonte utópico, como en el transfeminismo (Solá, 2013), sería vivir atravesando los sistemas de diferenciación social, al margen de toda identidad.

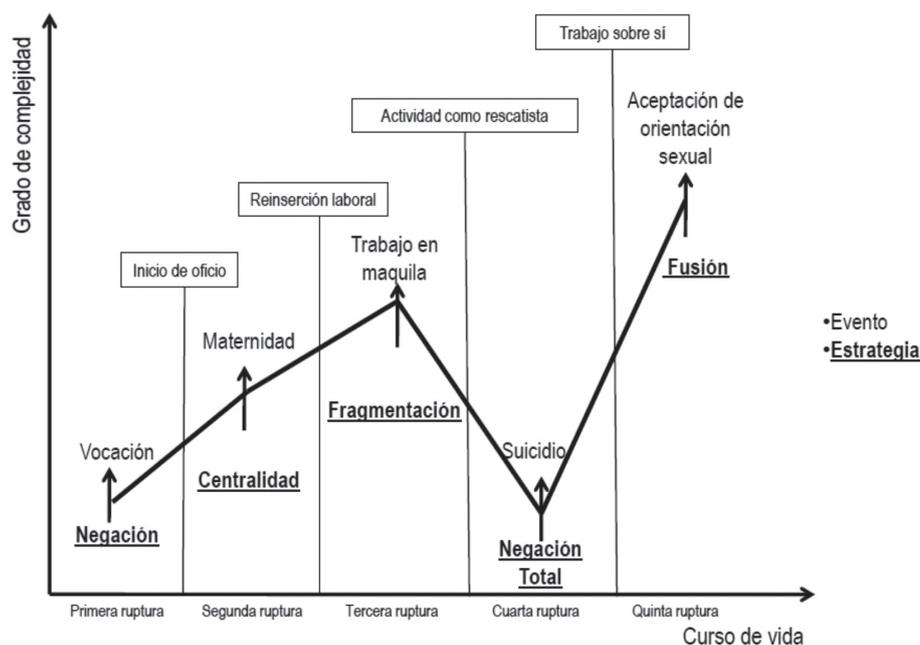
A partir de los fragmentos discursivos analizados podemos observar un mecanismo específico de renegociación de la identidad frente a situaciones radicales de ruptura. En el testimonio de Beatriz predomina la negación como el camino para reconstruir su identidad femenina en sus primeras décadas de vida. Este rumbo tomado la llevó a formarse por sí misma recursos socio-culturales para construir y reconstruir su mundo de vida. Sin duda, el acceso al trabajo remunerado fue una experiencia fundamental para ganar autonomía y emprender procesos complejos de *metamorfosis* identitaria, de recreación de su feminidad.

Otra estrategia que Beatriz utilizó para construir su identidad personal es la constante ampliación de los horizontes en su mundo de vida, lo cual es evidente cuando decide realizar su vocación emprendiendo una actividad aparte del trabajo remunerado cotidiano. Las experiencias y vivencias narradas por Beatriz muestran con claridad la importancia de la acción reflexiva; de la necesidad de aprender y poder discernir entre diversos cursos de acción, entre distintos mundos posibles, según la concepción de Giddens (1991).

Pero, especialmente, muestran cómo una mujer fue modelando su proyecto de vida en medio de la hostilidad de un entorno patriarcal y machista, como el mexicano-y-tijuanense, decididamente empeñado en censurar y castrar sus propias decisiones, que en lo expuesto está representado por su padre, su hijo mayor y su supervisora en la maquila. Todos ellos, a su manera, son escollos activos que tuvo que enfrentar para poder ser ella misma.

En la gráfica 1, se expone de manera esquemática los cinco momentos de ruptura identitaria, así como las distintas estrategias emprendidas por Beatriz: negación, centralidad, fragmentación, negación radical y fusión. También se puede observar cómo la identidad va presentando distintos grados de complejidad a lo largo del curso de vida, hasta llegar al momento en que Beatriz fue capaz de integrar las diferentes dimensiones de su identidad en una estrategia de fusión, al reconocerse en todos sus ámbitos de vida como lesbiana.

Gráfica 1. Estrategias y curso de vida



Fuente: Elaboración propia con base a entrevista a Beatriz, 2006

Finalmente, llama la atención las resistencias que podemos leer en el discurso acerca de la maternidad de Beatriz. Esto nos hace pensar que el problema del cuidado de los hijos de las mujeres que se incorporan al trabajo asalariado, no sólo es material sino simbólico y no solamente es afectivo sino estratégico (consciente). La negativa de Beatriz para delegar el cuidado de sus hijos tiene que ver con el significado de esta ocupación como de afirmación y poder de su ser femenino [una concepción seguramente patriarcal]. Aun cuando después haya renunciado a la heterosexualidad. Ser madre fue desde el principio una decisión personal independiente de sus relaciones amorosas y uno de los ejes a partir del cual estructuró su curso de vida, combinando estrategias de predominancia, fragmentación y al final de fusión en cierto grado.

Su condición lésbica actual hay que entenderla como la culminación de un proceso de toma de decisiones que arraigan en lo más profundo de su intimidad y en un proceso de décadas en los que maduró. Paradójicamente, la maquila, que es un centro de trabajo con cargas difíciles y duras, también pone en contacto a cientos de mujeres y abre la posibilidad a trabar amistades liberadoras y de iniciación al amor lesbiano.

El resultado, desde un plano teórico, es de transformación en su identidad quizás con elementos de la identidad feminista –siguiendo a Alfarache (2003)–, la cual pasa por la deconstrucción de género patriarcal. Aunque en este caso el proceso de autoadscripción a la ideología feminista se encuentra ausente, más bien se trataría de un feminismo desde abajo⁴. Desde un plano vital, es el de confirmar su voluntad de hacer con su vida lo que ella cree que debe hacer. De joven esta actitud molestó a su padre, de mayor molesta a su hijo mayor.

Beatriz, a partir de su testimonio, parece más consciente que nunca que ella debe ser dueña de su vida, de su cuerpo, de su deseo y con ello se da y proyecta una feminidad, una identidad: cuerpo y conductas revestidos por la memoria y la experiencia vivida, por un «eidos» cultural compartido con sus más íntimos allegados. «Eidos» en el sentido en que Sánchez Robayna (1985) lo toma e interpreta de Jacques Derrida: figura de la visibilidad inteligible; una pintura primera, profunda e invisible. Huelga decir que figura de la visibilidad inteligible de quien ella misma es, tras un largo proceso de impugnación de la ideología patriarcal-machista y de experimentación con diferentes formas de feminidad.

Bibliografía

ALFARACHE, ÁNGELA (2001). Las mujeres lesbianas y la antropología feminista de género. *Omnia*, 17-18: 91-102. Recuperado de: http://www.posgrado.unam.mx/publicaciones/ant_omnia/41/13.pdf.

ALFARACHE, ÁNGELA (2003). *Identidades lésbicas y cultura feminista. Una investigación antropológica*. México: Plaza y Valdés.

⁴ Tal como ha sido nombrado por Vargas (2008), para referirse a las prácticas de mujeres de sectores populares que se han politizado al margen de los discursos feministas más académicos.

- BAUMAN, ZYGMUNT (2004). *Modernidad Líquida*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- BERGER, PETER (1969). *El dosel sagrado. Elementos para una Sociología de la religión*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- BONFIL, GUILLERMO (1987). *El México profundo, una civilización negada*. México: Editorial Grijalbo.
- BUTLER, JUDITH (2006). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona: Paidós.
- CARDÍN, ALBERTO (1989). *Guerreros, Chamanes y Travestis*. Barcelona: Tusquets.
- CAMUS, ALBERT (1953). *El hombre rebelde*. Buenos Aires: Losada.
- CERVANTES, ALEJANDRO (1994). Identidad de género de la mujer: tres tesis sobre su dimensión social. *Frontera Norte*, 16(12): 9-23.
- CRENSHAW, K. (1989). Demarginalizing the intersection of race and sex: A black feminist critique of antidiscrimination doctrine. *The University of Chicago Legal Forum*, 1, 139-167.
- DE BEAUVOIR, SIMONE (1998). *El segundo sexo*, prólogo de Teresa López. Pardina, trad. de Alicia Martorell, Madrid: Cátedra.
- DE BEAUVOIR, SIMONE (2006). *La plenitud de la vida*, Madrid: Debolsillo.
- DUBAR, CLAUDE (2001). El trabajo y las identidades profesionales y personales. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*. 13(7), 5-16.
- DUBET, FRANCOIS (1989). De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto. *Estudios Sociológicos*, 21(7), 519-545.
- DURAND, JORGE (2014). Ver el mar. Notas de trabajo de campo. *La Jornada*. (Mayo 18). Recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/2014/05/18/opinion/015a2pol>
- FLORES, NATALIA (2012). Cambios en la dinámica identitaria y en la división del trabajo en hombres y mujeres migrantes de retorno. Algunas experiencias en la comunidad San Francisco Tetlanohcan. En Tuñón, Esperanza y Martha Luz Rojas Wiesner (coords), *Género y migración*. México: ECOSUR.
- GIDDENS, ANTHONY (1991) *Modernity and self-Identity: self and society in the late modern age*. Stanford: Standford University Press.
- HERZOG, LAWRENCE A. (2009). *Global Crossroads: Planning and Infrastructure for the California- Baja California Border Region*. San Diego: Trans Border Institute, USD.
- LAGARDE, MARCELA (2006). *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Coordinación General de Estudios de Posgrado, UNAM.
- LAGUNAS, MARÍA ISABEL BARRANCO (2011). La construcción social de la mujer a través de la toma de decisión sobre su propia determinación sexual, en María Elena Olivera Córdova (coord.), *Mujeres Diversas. Miradas Feministas* (20-89), México: Grupo de tiempos.
- MAIER, ELIZABETH y GUILLERMO ALONSO (2011). Sexo y cultura: disputando el significado del matrimonio y la Familia. *La Ventana. Revista de estudios de género*. (33), 117-150.
- MIGUÉLEZ, FAUSTO y TERESA TORNS (1998). Las estructuras de sentido de la vida cotidiana. *Papers*, (55), 151-179.
- MORAL DE LA RUBIA, JOSÉ (2011). "Escala de Actitudes hacia Lesbianas y

- Hombres Homosexuales en México: Estructura factorial y consistencia interna". *Nova scientia*, 3(6), 139-157.
- NORANDI, ELINA (2010). "Imágenes y vivencias lesbianas en el arte contemporáneo: México y España". *Letras Femeninas*, 36 (1): 37-51.
- REYGADAS, LUIS (2002). *Ensamblando culturas. Diversidad y conflicto en la globalización de la industria*. Barcelona: Gedisa.
- ROCCAS, SONIA y MARILYNN BREWER (2002). Social Identity Complexity. *Personality and Social Psychology Review* 6(2), 88-106.
- ROWLANDS, JO (2009). Poder y empoderamiento, Comunidad Virtual de Gobernabilidad, Desarrollo Humano e Institucional. Recuperado de: <http://www.developmentin-practice.org/readers/spanishreaders/yDiversidadSocial/rowlands.htm>.
- SÁNCHEZ, ROBAYNA (1985). *La luz negra*, Madrid: Júcar.
- SASSEN, SASKIA (2009). "Bordering capabilities versus borders: implications for national borders", *Michigan Journal of International Law*, vol. 30, no. 3, 567, Recuperado de: <http://repository.law.umich.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1127&context=mjil>
- SOLÍS, MARLENE (2009). *Trabajar y vivir en la frontera. Identidades en las maquiladoras de Tijuana*. México: COLEF/ Miguel Ángel Porrúa.
- SOLÁ, MIRIAN (2013). Introducción. En *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y lujos*. San Isidro: Txalaparta.
- TAJFEL, HENR (1981). *Human groups and social categories. Studies in social psychology*. Londres, Nueva York, New Rochelle, Melbourne, Sydney: Cambridge University Press.
- TERRADAS, IGNASI (1982). *Eliza Kendal. Reflexiones sobre una antibiografía*. Barcelona: Publicaciones de Antropología cultural. Universidad Autónoma de Barcelona. Recuperado de: http://www.ub.edu/reciprocitat/GER_WEB_CAT/Publicacions/Publicacions%20Ignasi/Eliza_Kendall.pdf
- VAN DIJK, TEUN (2003). *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I. Una introducción multidisciplinaria*, (comp.) Barcelona: Gedisa.
- VARGAS, VIRGINIA (2008). *Feminismos en América Latina*, Perú: Universidad Mayor de San Marcos/Programa Democracia y TRansformación Global/Flora Tristán
- WIEVIORKA, MICHEL (2012). Du concept de sujet à celui de subjectivation/dé-subjectivation. *Working Papers Series*, 16, 2-14.
- WODAK, RUTH y MICHAEL MEYER (2003). *Métodos de análisis crítico del discurso*. (comp) Barcelona: Gedisa.